

LA JUVENTUD PASA

TRINIDAD FERNANDEZ

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



Había que traer a esta sección contestaciones prácticas para enfrentárlas con las de otros jóvenes que todavía no han usado de sus teorías para nada. Había que escuchar a la joven pintora, casada, opinando sobre el matrimonio, porque es muy interesante ver en qué puntos coinciden y en cuáles discrepan los jóvenes que salen hoy al mundo a luchar solos o los que llevan por delante la responsabilidad de una familia.

Trinidad Fernández, esposa del pintor Rubio-Camín, es de lo más sensato que hemos conocido, y de ella nos valemos para que nos explique su punto de vista práctico.

Trinidad Fernández tiene veintidós años. Nació en Gijón. Trajo la estrella en la frente.

—Desde niña tuve la absoluta convicción de que yo me dedicaría a algo relacionado con el arte. Quise escribir, ser actriz y pintar; me encontraba con ánimo para las tres cosas. Más adelante pensé que había que decidirse por

lo que estuviese más a mi alcance, y lo primero que se me vino a las manos fué una caja de óleos. Desde entonces no dejé los pinceles. Estoy contenta al ver que avanzo y que me llenan plenamente todas estas inquietudes.

Nosotros consideramos importante saber a qué edad se manifiesta la vocación de Trinidad Fernández.

—A los quince años hice unas acuarelas monstruosas. Lo dejé, y tres años después volví a coger los pinceles definitivamente.

Sorteando bañistas, vamos paseando a la orilla del mar. Opinamos acerca del porvenir que ofrece la pintura a la juventud actual.

—Eso depende: la mitad, de la suerte, y la otra mitad, del artista. Económicamente puede ser un gran porvenir o un desastre. Es mucho cuestión del individuo.

Hemos creído nosotros más que nada en el individuo. La suerte se la hace uno mismo. No hay mala suerte ni buena suerte, sino vencedores o vencidos. La inteligencia debe de trabajar también en un círculo de estrategia desplegando todo su ingenio y actividad ante los malos enemigos que la vida lanza todos los días. Cuando esta actividad falla, el individuo está en bancarrota; es un inepto, no un desafortunado.

De este tema pasamos al del matrimonio.

—Yo creo que no debo opinar en general. Puede ser una gran cosa el matrimonio o una gran desgracia. Según

mi experiencia, lo primero, sin ningún género de dudas. Para mí ha consistido en un gran acierto; y acertar en una cuestión tan importante suele ser más que difícil. Es necesario el talento y el tacto; y, a pesar de todo esto, creo en el chispazo.

—¿Te parece, Trinidad, que hay que casarse joven?...

—Si pudiese asegurar a todo el mundo una felicidad como la mía, aconsejaría que se casasen todos muy jóvenes; pero, como dije antes, es difícil un acierto de esta índole. Si las dos partes se encuentran capaces de hacerse felices, el matrimonio es bueno a los veinte años o a los cuarenta. Si, por el contrario, tienen alguna duda, por pequeña que sea, es mejor desistir. Yo no aguanto las dudas. Son muy peligrosas.

Aun siendo casi de la misma edad, no coincidimos con Trinidad en algunos puntos; no vemos la vida del mismo modo.

—Tengo veintidós años. Quien a esta edad no vea la vida como algo maravilloso, merece que le estrangulen.

Pero, a veces, se tienen veintidós años de lucha titánica con la calamidad, y la vida se ve llena de pesadumbre, de nubes oscuras y amenazadoras. Pueden existir razones para que el hecho de ver las cosas negras no sea simple pesimismo. Seamos para éstos comprensivos, y no de otra forma usual e irreflexiva.

Salimos de la playa y vamos hacia la villa marinera. Dos muchachas pasan en motocicleta. Trinidad las contempla con un gesto de aprobación.

—La mujer que vive su época demuestra ser inteligente. Las absurdas me parece que son las que quieren a toda costa vivir la época de sus abuelos, no siendo por eso más ni menos virtuosas. Una mujer con mayúscula puede ir en motocicleta, fumar y ponerse pantalones sin dejar por eso de ser femenina.

En la villa de Gijón hay animación forastera. Los cafés han sacado sus terrazas a riesgo de que se mojen, porque aquí todo es riesgo para el veraneante que viene de Madrid, corriendo el peligro de no estrenar el bañador como las lluvias cantábricas no tengan piedad de él.

Trinidad Fernández, desde Gijón, piensa en Madrid, su verdadera patria del espíritu, amable y llena de horizonte luminoso.

"Madrid"
25.8.54